

Mi corazón es tuyo

Brianna Callum

EL MAQUINISTA

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal)

Mi corazón es tuyo

Brianna Callum

EL MAQUINISTA

© 2011, a

© de esta edición: 2011, EL MAQUINISTA, S.L.

Plaza de las Salesas, 10-4º. 28004 Madrid

© Fotografía de cubierta: Getty Images

Edición: Mariché Gómez Benito

Diseño Estelle Talavera Baudet

I.S.B.N.: 978-84-938890-0-5

Depósito legal:

Printed in Spain - Impreso en España

EL MAQUINISTA

A Mary Kloker.

Gracias por confiar en mí, y decirme que podía hacerlo.

Y más aún, gracias por alentarme a continuar.

A mi familia y a mis amigas, por su apoyo incondicional.

No los nombro a todos porque son muchos, pero cada uno de

ustedes sabe que ocupa un lugar importantísimo

en mi vida y en mi corazón.

También saben cuánto los quiero.

Prólogo

14 de septiembre de 2008

Me miro en el espejo y me gusta lo que veo.

Diana y Sophie han hecho un trabajo excelente con el maquillaje y el peinado. Me han recogido el largo cabello castaño con pequeñas trenzas en la coronilla, dejando suelto el resto de mis rizos y aplicaron una delicada cascada de diminutas florecitas blancas. El maquillaje es suave y delicado, y deja en primer plano mis enormes ojos color miel. El vestido de novia... ¡Wow! ¡Es un sueño! Largo, blanco, de corte lánguido y falda vaporosa. Es un suave susurro de seda y satén cuando me muevo.

Tengo veintitrés años, una altura media y una figura esbelta, y no me importa si no soy la mujer más bella del mundo, sólo deseo una cosa y eso es, que al entrar en la parroquia, pueda deslumbrarlo a él...

Hoy es nuestra boda.

Atravesamos muchas situaciones para llegar a este día. Momentos maravillosos y otros en los que podría haberlo perdido; pero solo puedo decir una cosa y es que a partir del instante en que me enamoré de él, ya nada fue igual para mí, y cada recuerdo, cada sensación, me confirma que lo amo con cada latido de mi corazón.

Capítulo 1

New Hampshire

10 de junio de 1985 - veintitrés años antes.

—¡Dios, Susan! ¡Creo que ya es hora! —exclamó la joven mujer, mientras se abrazaba a su prominente abdomen como si con ese gesto su dolor fuese a remitir.

—¡No puede ser, Mary! El doctor te ha dicho que aún faltaban más de dos semanas para la fecha de parto —replicó la belleza de unos treinta y cinco años y enormes ojos verdes que caminaba nerviosa alrededor de ella.

—¡Eso díselo al bebé, porque me parece que piensa otra cosa! ¡Dios! —gruñó con los dientes apretados—. Los dolores son cada vez más fuertes. Ya no los aguanto.

—Vamos, respira, Mary. Inspirar, exhalar. —Ella misma inhalaba y exhalaba en profundidad. Ya se había acercado a su amiga y la tomaba de los hombros para darle su apoyo—. ¿Crees que podrías llegar caminando hasta la casa?

—¡No! —dijo jadeando mientras se acercaba a un viejo roble para sostenerse de él—. No puedo dar un paso más. ¡Creo que mi bebé va a nacer aquí! —Las palabras le salían a mitad de camino entre la broma y el llanto.

—Tranquila. Ven, te ayudaré a sentarte. —Susan ayudó a la dolorida embarazada a acomodarse sobre una manta en el suelo. Luego se dirigió a su hijo de cinco años, quien observaba la escena algo preocupado y con los ojos, agrandados por la expectación—. Gabriel, por favor, necesito que corras muy rápido hasta la casa y les digas a tu padre y a Vincent que Mary no se siente bien, ¿de acuerdo?

—¿Qué pasa, mami? —preguntó con su vocecita compungida.

—No te asustes, cielo. —Susan le removió al niño los negros cabellos que le caían sobre la frente—. Pero parece que el bebé de Mary ya va a nacer.

Gabriel alternaba su mirada entre el vientre redondo de Mary y su pequeño hermano de dos meses. Un precioso chiquillo de cabellos dorados que dormía sobre una manta celeste, ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

—¿Será tan pequeño como Jared? ¿Puedo verlo cuando nazca? —Gabriel brincaba de un pie a otro sin parar de hacer preguntas—. ¿Podré jugar con él?

—¡Maldición! —gritó Mary, ya doblada en dos por el dolor—. Te prometo que podrás verlo y jugar con él. ¡Pero por favor, corre ahora, Gabriel!

—¡Ah sí!, ya voy —dijo el niño corriendo hacia la casa, tan veloz como cualquier niño de tan sólo cinco años, mientras las mujeres practicaban las técnicas de respiración y relajación aprendidas en los cursos de pre-parto.

—¡Papá! ¡Señor Vincent! —gritaba Gabriel al ingresar a la casa—. ¡El bebé va a nacer! ¡Papá, ven rápido!

Al oír tanto barullo, los dos hombres, que en ese momento conversaban en el estudio, salieron alarmados al encuentro del niño.

—¿Qué sucede, Gabriel? —preguntó su padre.

El jovencito, agitado por la carrera, respondió algo entrecortado y de manera atolondrada:

—El-be-bé-Ma-ry... —Gabriel respiró profundamente para poder proseguir, porque los dos hombres no le entendían. Poco después exclamó con claridad—: ¡Va a nacer el bebé!

—¡Santo cielo! —espetó el futuro padre, conmovido. Vincent Gareth era un hombre de cabello castaño rizado y de estatura media, que ahora parecía haberse quedado inmóvil a causa de la sorpresa—. Mi hijo... ¡Señor! ¡Va a nacer mi hijo! ¿Pero acaso no faltaban como dos semanas?

—¡Vamos, Vincent, estas cosas suelen suceder! Creo... —dijo el padre de Gabriel, alzándose de hombros. Echó un vistazo a su amigo, que no se movía del lugar. Entonces lo agarró de la manga de la camisa y lo arrastró fuera de la casa—. ¡No perdamos ni un minuto más, Vincent, o tu hijo nacerá allí afuera! Llévanos con ellas, Gabriel.

—Están en el bosque. Allá —dijo el niño señalando la dirección correcta con sus deditos regordetes—, donde está el árbol grandote.

—¡Bien, muy bien, pequeño! —Vincent lo palmeó y ahora recuperado de la conmoción, salió con John, a la carrera, al encuentro de las mujeres.

Mary estaba cada vez más dolorida y sus contracciones eran demasiado frecuentes. No podía caminar y los dos hombres tuvieron que llevarla hasta la casa.

Cuando ella estuvo acomodada en su habitación, llamaron a la comadrona porque no había tiempo de llevar a la parturienta hasta un hospital.

Julia vivía a solo un par de calles de allí y no tardó más que unos pocos minutos en llegar. Ni bien cruzó el umbral, comenzó a dar órdenes pidiendo los

elementos necesarios para atender a Mary: agua hervida, trapos limpios y alguna que otra cosa más.

Susan buscó lo que Julia pedía y después permaneció junto a su amiga durante todo el parto. En ese momento crucial, cuando Mary pujaba con todas sus fuerzas, aferrada a las sábanas y a una de sus manos, ella le enjuagaba la frente con un trapo húmedo.

Pasaron unos treinta minutos y Mary por fin dio a luz.

La comadrona recibió al bebé y cortó el cordón umbilical.

—Ya está, Mary. Lo has hecho bien, amiga —le dijo Susan, besándola en la frente y ayudándola a recostarse sobre las almohadas.

—¿Mi bebé está bien? ¿Susan? ¿Julia?

—¡Mary, claro que tu bebé está bien! ¡Es una niña preciosa! —dijo Julia mientras terminaba de limpiar y examinar a la pequeña, que en ese momento berreaba ante el contacto con el aire fresco.

—¡Quiero verla, Julia, por favor tráemela! —La madre primeriza se incorporó en la cama y extendió los brazos hacia el bultito que Julia le acercaba. Tomó al bebé entre sus brazos y embargada de emoción la atrajo a su pecho—. ¡Mi muñequita! —exclamó sonriente.

—¿Julia, quieres avisar a los demás? —pidió Susan.

—¡Oh sí! Por favor, avisa a mi esposo, querida —agregó la señora Gareth sin quitar la mirada del rostro arrugadito de su mayor tesoro—, porque Vincent debe estar que se sube por las paredes de los nervios —añadió con una sonrisa dibujada en los labios y los ojitos brillantes de emoción.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Susan, riendo con ella—. ¡Los hombres en estos casos se ponen imposibles! —dijo, con conocimiento, después de haber pasado por dos situaciones de parto.

—Avisaré a sus esposos —declaró Julia haciéndose cómplice de la conversación de las amigas—. Nos vemos luego, chicas. —Y diciendo esto, salió del cuarto.

En cuanto Julia puso un pie fuera de la habitación, Vincent, que había estado recorriendo, ansioso, el corredor de un extremo al otro, la asaltó con un aluvión de preguntas.

—¿Cómo está Mary? ¿Ha nacido mi hijo? ¿Ellos están bien?

—¡Cálmese, señor Gareth, usted es padre de una niña muy saludable! —intentó tranquilizarlo ella.

—Una niña... —susurró—. ¿Y Mary? ¿Ella está bien? ¿Puedo pasar a verlas? —preguntó frenético el flamante padre, sin poder detener la marcha.

—¡Por Dios, Julia, déjalo entrar o hará un surco en el corredor! —exclamó John Blake en tono divertido y palmeándole la espalda a su amigo.

—¡Sí, claro! Su esposa lo está esperando, y quédese tranquilo, porque tanto ella como la niña, se encuentran en perfectas condiciones. De todos modos, le recomiendo que las vea algún doctor para corroborar que realmente están bien.

—¡Por supuesto! Ya he llamado al doctor Thomas, el médico de la familia, y está en camino —dijo el reciente padre mientras abonaba los honorarios a la comadrona. Instantes después, sin decir más, entró a la habitación, donde su mujer, pálida por el esfuerzo, alimentaba a un bultito rosado de cabellos castaños.

Él se acercó contemplando la escena.

—Mary, mi amor, ¿te encuentras bien? —preguntó con un nudo que le había comprimido la garganta al ver al diminuto milagro.

—Sí, Vincent, solo estoy un poco débil, pero ya me repondré. Ven cielo, acércate a conocer a tu hija.

—¡Nuestra pequeña Faith! —susurró él con devoción—. Es hermosa como tú, mi amor —declaró y le dio un suave beso en los labios a su esposa y uno en la frente a su bebita.

—Ella tiene tu mismo cabello de color castaño y rizado —dijo Mary, enredando un fino rizo en su dedo.

—Pero su carita es igual a la tuya... Gracias por este regalo, Mary, yo... —Vincent tuvo que interrumpir sus palabras porque en el pasillo se había desatado un tremendo alboroto.

—¡Gabriel! ¡Ven aquí, aún no puedes entrar! —Esa era la voz de Susan, quien hacía un momento había salido al corredor para alimentar a su bebé de dos meses; aunque ahora Susan intentaba, por todos los medios, detener a su hijo mayor.

—¡Mamá, quiero ver a la bebé! —exclamó Gabriel, encaprichado, mientras se acercaba a la puerta—. ¡Mary me lo prometió! Me dijo que podría verla.

Vincent y Mary no pudieron más que estallar en carcajadas.

—Déjalo pasar—susurró Mary a su esposo—. Déjalos entrar a todos, mi amor.

—¿No te sientes muy cansada?

—No, cielo —respondió ella con dulzura.

—Bien. —Vincent abrió la puerta y lo primero que vio fue al muchachito enfurruñado apostado junto al umbral.

—¿Puedo ver a la bebé? —averiguó el niño, levantando los ojos suplicantes hacia su vecino.

—Sí, pasa Gabriel —consintió Vincent—. ¡Si has venido como un rayo a buscarme! —exclamó agradecido, removiéndole los negros cabellos—. Te lo has ganado, muchacho. ¡De no ser por ti, mi niña hubiese nacido en el bosque! Es más, pasen todos, por favor —invitó Vincent con una enorme sonrisa.

Nadie demoró mucho en aceptar la invitación. Una vez dentro del cuarto, él hizo la presentación formal.

—¡Les presento a la pequeña Faith Gareth! —exclamó, señalando con orgullo a su pequeña hija.

Gabriel se acercó y miró a la niñita de ricitos castaños que dormía junto a su madre. —¡Es hermosa! —dijo pensativo—. Pero... es muy chiquitita... ¡Más chiquita que Jared! —exclamó casi indignado—. ¡Tampoco podré jugar con ella! —los ojos se le habían empezado a poner vidriosos.

—¡Es verdad, Gabriel! Los bebés ahora necesitan que los cuiden, pero no te preocupes, ya crecerán. ¡Verás cómo pronto podréis jugar los tres! —lo consoló Mary, y le extendió la mano al muchachito de cabellos negros y profundos ojos verdes.

—¡Ahora solo lloran y duermen! —Él estaba indignado y a punto de tener uno de sus acostumbrados berrinches.

—¡Hacen más que eso, hijo! —le dijo su madre, quien acunaba a Jared junto a su pecho—. Verás que con cada día que pase, los pequeños irán haciendo cosas nuevas. ¿Acaso tu hermanito no sonríe ahora, cuando tú le cantas?

—¡Sí! ¡Y me toma los dedos si se los acerco! —dijo, recordando, y su carita se iluminó de entusiasmo.

—¡Por supuesto, hijo! Él te reconoce, cielo. Y esa, de momento, es su manera de jugar contigo.

—¿Mami... y Faith también me reconocerá? ¿También va a querer jugar conmigo? —preguntó apoyándose en el borde de la cama y acercando su mejilla a la carita tibia de ella. Un dulce perfume, mezcla de leche materna y de recién nacido, llenó las fosas nasales del pequeño, haciéndolo sonreír. Ese era el mismo olor que él sentía cuando se acercaba a su hermanito.

—¡Sin duda! ¡Estoy segura que los tres seréis muy buenos amigos! —exclamó Susan.

—¿Gabriel, quieres sostenerla? —le preguntó Mary.

El niño asintió con ojos brillantes.

—Ven, siéntate aquí en la cama y yo te ayudaré. —Ella palmeó el borde del colchón y sin pausa, Gabriel trepó a la cama.

Mary sostuvo a Faith sobre el regazo del niño. Él abrazaba a la pequeña con infinito amor y la miraba con mucha dulzura.

—¿Puedo hablarle? —preguntó levantando sus enormes ojos en una súplica.

—¡Desde luego, hazlo! —lo alentó la madre de la niña—, de esa manera, ella irá conociendo tu voz.

Gabriel acarició con su manito regordeta la mejilla sonrosada de la pequeñita y le habló:

—¡Hola Faith! Eres una pequeñaja muy guapa... Yo soy Gabriel y quiero ser tu amigo.

Faith se removió en sus brazos y bostezó. Gabriel la miró sonriente y le recorrió otra vez la mejilla con las puntas de sus deditos.

—Estaría bien que crecieras rápido, así podríamos jugar —agregó con palabras rebosantes de entusiasmo—. Tengo coches y soldaditos. A mí me gustan mucho, creo que a ti también te van a gustar... ¿O preferirás las muñecas como todas las niñas? ¡Uy, yo de esas no tengo, pero le diré a mamá que te compre alguna! —Se acercó un poco más a la orejita de ella y le susurró—: Y como tú no tienes un hermano mayor que te cuide... ¡Porque mi papá me dijo que ese es el deber de los que somos hermanos mayores! —añadió con seriedad—. Pero no tienes que preocuparte, porque yo te prometo que te cuidaré y que siempre voy a quererte. —Levantó los ojos hacia su madre que sostenía a su hermano y agregó solemne—: ¡A ti y a mi hermanito Jared!

Capítulo 2

Mi nombre es Faith Gareth. Nací y me crié en las afueras de un pueblo tranquilo de New Hampshire, un pueblo de gente trabajadora y agradable. Por supuesto siempre hay alguna excepción que no cabe en la definición de agradable, pero bueno, eso no viene al caso ahora, así que lo dejaremos para otro momento.

En mi barrio, las calles eran de gravilla y tenían árboles a ambos lados de las aceras, tan frondosos, que formaban arcos sobre nuestras cabezas. Las pintorescas casitas, separadas unas de otras por bosquecitos de pino, fresno blanco y abetos, en general eran de madera, y la nuestra, igual que la de los Blake, era de las pocas que tenían dos pisos.

Me gustaba observar la calle desde la ventana de mi habitación en la planta alta, ver la gente pasar y conjeturar qué cosas harían ellos ó dónde se dirigían. Y con esas deducciones creaba historias imaginarias en mi cabeza, aunque nunca me decidí por escribirlas. ¡Quizás debería haberlo hecho!, pero creo que no heredé el talento de mi padre, un magnífico escritor. A mí, en cambio, desde pequeña me gustaba pintar, y a veces lo que veía lo reproducía en algún dibujo o bosquejo en carboncillo. Esa era mi forma de plasmar aquellas historias que inventaba y también momentos reales de mi vida.

Cuando estaba en mi cuarto, adoraba sentir el viento que traía el perfume de las flores del jardín. De los jazmines, de los nardos, de la tierra húmeda y de la enredadera que llegaba hasta mi ventana. Un *bouquet* celestial que inundaba mi habitación. Cuando era niña, para mí, eso era el paraíso.

¡Eso y ver a Gabriel Blake!

Los Blake vivían en una hermosa casa al otro lado de la calle. Cuando mis padres llegaron al pueblo, en mil novecientos ochenta, no tardaron en entablar una fuerte amistad con ellos. Susan y John acababan de tener a su primer hijo, Gabriel.

Los dos matrimonios empezaron a reunirse todos los viernes a cenar en casa de los Blake, y los domingos almorzaban en la casa de mis padres; tradición que aún hoy se mantiene entre las familias. También se veían durante la semana. John Blake y Vincent, mi padre, practicaban algunos deportes juntos, mientras que Susan y Mary, mi madre, salían de compras o simplemente se reunían a tomar el té.

Al cabo de cinco años, las dos mujeres estaban embarazadas. Susan tuvo a Jared, su segundo hijo, el veintisiete de abril, y menos de dos meses después, nació yo. ¡Desde ese día nos hicimos inseparables!

Las reuniones de los dos matrimonios continuaron, aunque ahora con tres niños correteando por todos lados, puesto que siempre nos juntábamos a jugar y éramos bastante revoltosos. Gabriel, quien por iniciativa propia se había convertido en nuestro custodio desde el día de nuestro nacimiento, se desvivía por cuidarnos. No dejaba que nos acercáramos a sitios peligrosos y además, trataba de entretenernos. Pero Jared y yo éramos dos pequeños diablillos imposibles de detener, y entre nuestras travesuras preferidas estaba la de trepar a los árboles como un par de monos y desde las alturas practicar saltos a tierra. ¡Debo confesar que si no nos rompimos un hueso fue de puro milagro!

Mi padre nos había dado clases de natación casi desde antes de que aprendiéramos a caminar. Ese era otro de nuestros pasatiempos favoritos. Y cada tarde de verano íbamos a nadar Gabriel, Jared y yo, a un bello lago cercano. El tranquilo espejo de agua veía su paz alborotada con nuestra revoltosa llegada. Éramos un torbellino imparable, jugando a tomar impulso para lanzarnos desde la orilla dando volteretas.

Debo mencionar también las aventuras en bicicleta, las cuales dejaron varios raspones en nuestros pequeños e inquietos cuerpecitos ¡Por no hablar del estado en el que quedaban los pobres vehículos! ¡Inservibles! Y reconozco que tal vez la palabra *inservible* sea demasiado suave para describir a una bicicleta convertida en un ocho.

Cuando comenzamos a asistir a la escuela, viajábamos los tres en el mismo autobús, y tanto a la ida como a la vuelta, Gabriel nos sentaba a Jared y a mí en un asiento delante de él. Eso lo hacía para no perdernos de vista, cosa que solíamos hacer con bastante frecuencia, además de meternos en algún lío. Aunque para esto último corríamos con ventaja, porque sabíamos de sobra que cada vez que teníamos algún problema podíamos acudir a él. Gabriel nunca nos defraudaba y siempre encontraba una solución.

Gabriel Blake, se comportaba como un niño mucho mayor para su edad. Tal vez las responsabilidades de cuidar a un hermanito y a una amiga cinco años menores que él, lo hicieron crecer de sopetón. Por su cuenta había asumido esa carga y jamás la abandonaba. Para nosotros era nuestro héroe y el ejemplo a imitar; sin embargo, yo sentía algo más...

Desde que puedo recordar, Gabriel, despertaba en mí, un sentimiento especial; algo que a mi corta edad no sabía cómo explicar...

En el colegio, desde nuestro primer día de clase en el jardín de niños, hasta el día de nuestra graduación, Jared y yo nos sentamos uno al lado del otro. Algunos de nuestros compañeros, a medida que crecíamos, nos molestaban con tonterías por estar juntos todo el día; pero a decir verdad, a nosotros esas burlas no nos importaban. Nos llevábamos muy bien y nos sentíamos cómodos. Sin lugar a dudas, puedo decir, que Jared Blake era mi mejor amigo y yo lo adoraba.

Trato de recordar aquel tiempo y no encuentro un solo día que no haya compartido con Jared.

Al regresar de la escuela, merendábamos algunos días en su casa y otros en la mía. Más tarde hacíamos los deberes y estudiábamos un poco, y al terminar con nuestras obligaciones, salíamos a jugar al bosquecito o a pasear en bicicleta. ¿Un día sin la compañía de mi mejor amigo? Algo así era impensable.

Cuando decidimos ampliar nuestro grupo de amigos, comenzamos a vernos con Diana y Sophie Albath, unas gemelas que vivían cerca de nuestro barrio. También con Jeremy Rohan y Alex Brown, todos ellos compañeros de clase. Formábamos un excelente equipo y nos divertíamos muchísimo. Aún así, Jared y yo, éramos un dúo inseparable, y cada vez que en la escuela nos daban algún proyecto o trabajo en equipo, la prioridad para nosotros era hacerlo juntos.

Al pasar el tiempo, Gabriel ya no estaba tan interesado en compartir demasiados momentos con nosotros. Él tenía su propio grupo de amigos, todos muchachos y muchachas de su edad. Y un par de mocosos, cinco años menores que él no le resultaba un pasatiempo interesante. El problema era que Jared y yo no pensábamos lo mismo y lo seguíamos a todas partes como si fuésemos su propia sombra.

Si hay algo que debemos reconocerle a Gabriel Blake, eso es su eterna paciencia, puesto que haciendo acopio de toda ella, cada vez que nos descubría espiándolo, sencillamente trataba de escabullirse de nosotros y más de una vez tuvo que soportar las bromas de sus amigos debido a esas situaciones. A pesar de ello, él nunca dejó de ser dulce con Jared y conmigo y hasta nos excusó y defendió cada vez que hizo falta.

Cuando el mayor de los Blake ingresó en la escuela secundaria, ya ni siquiera podíamos verlo tan a menudo. Él viajaba en otro autobús y pasaba todo el día en sus clases. Partíamos juntos en la mañana y, mientras Jared y yo regresábamos al

mediodía, Gabriel no llegaba hasta después de las cinco de la tarde. Su escuela era de doble jornada y para poder verlo un ratito, yo empecé a esperarlo en la entrada de mi casa.

Recuerdo que yo tendría algo así como diez años.

Todos los días me sentaba en el pórtico y aguardaba, expectante, mirando hacia el final de la calle y esperando que doblara el autobús de color amarillo. Cuando Gabriel bajaba del transporte, entonces yo corría a su encuentro, gritando su nombre.

—¡Gabriel! —lo llamaba. Cruzaba corriendo la calle y lo abrazaba—. ¡Hola! ¿Cómo te fue hoy? —le preguntaba y él me devolvía el abrazo levantándome unos centímetros del suelo y haciéndome girar. Me besaba dulcemente en la mejilla y después me respondía con dulzura.

—¡Muy bien! Y tú, mi pequeña Faith. ¿Qué hiciste hoy?

Y en cada uno de aquellos relatos era imposible que no mencionara a Jared. Porque cada cosa que yo había hecho, era seguro que lo había compartido con él.

Después nos despedíamos y Gabriel entraba en su casa. Yo subía a mi cuarto, saltando los escalones de dos en dos para darme prisa, y me quedaba mirando por la ventana y soñando despierta con sus hermosos ojos verdes; del verde más luminoso que había visto en mi vida. Mi corazón de niña sentía que, para mí, eran los cinco minutos más maravillosos del día...

La mayoría de las veces, mis sueños con Gabriel se veían interrumpidos por un chirrido de metal, crujidos de hojas y de ramas rotas y más de una vez, por el golpe seco de un cuerpo al caer al suelo. Todo eso matizado por alguna maldición o palabrota. Y desde luego que era Jared, tratando de trepar por la pérgola y la enredadera de mi ventana.

Y mi tarde continuaba así, en un mundo mágico creado por nosotros. Un universo propio de juegos y travesuras a su lado...

Capítulo 3

1997

Un caluroso día de verano, cuando tenía doce años, nuestros amigos, Sophie, Diana, Alex, Jeremy, Jared y yo, organizamos un picnic en el lago. Era un día maravilloso para nadar, el sol brillaba implacable en un cielo despejado y hacía mucho calor.

Las gemelas y yo extendimos una manta a rayas verdes y blancas bajo la sombra de un abedul amarillo, y nos dedicamos a preparar el almuerzo. Habíamos llevado ingredientes para preparar una pila de deliciosos sándwiches de jamón y queso, también hojas frescas de lechuga, rodajas de tomate y huevos duros. Para beber, ellos había comprado refrescos y muchas golosinas para el postre.

Los muchachos prefirieron intentarlo primero con la pesca. Se alejaron caminando descalzos sobre el pedregullo, y bordeando una de las redondeces del lago, llegaron hasta la orilla contraria a la cual solíamos nadar. Prepararon las cañas con los anzuelos y las carnadas, y se sentaron a probar suerte durante un rato.

Al cabo de casi una hora sin haber tenido ningún éxito, era evidente que su paciencia se había agotado.

Yo los observaba desde donde estaba y notaba el disgusto en el rostro de Jared. Él escudriñaba el agua y le costaba horrores mantenerse quieto. Bufaba y movía la caña de un lado al otro, con lo que se ganó las reprimendas de Jeremy y Alex, quienes lo acusaron de espantar a las posibles presas. Finalmente se resignaron al fracaso, se quitaron las camisetas sin mangas que llevaban puestas y se lanzaron al agua fresca. En menos de cinco minutos, el rostro de Jared se había transformado y volvía a estar tan radiante como el sol.

—¡Ven, Faith! —gritaba Jared, mientras chapoteaba y salpicaba a Alex y a Jeremy—. ¡Ven! ¡El agua está deliciosa! —seguía diciéndome, sin dejar de reír a carcajadas.

Para ser francos, la sonrisa de Jared, era preciosa. Los dientes blancos resaltaban en su cara bronceada, y sus ojos azules, ese día tenían el mismo color del cielo despejado.

—Faith... ¡Faith! —gritó Sophie.

—¿Por qué me gritas, Sophie?

—¡Jared te está llamando! ¿No lo escuchas acaso? ¿Qué te sucede, Faith? —me preguntó Sophie mirándome con una de sus miradas especuladoras—. ¡Te quedaste embobada!

—Lo siento... no lo escuché. Estaba distraída —le respondí algo turbada y desviando la mirada.

Era cierto, Sophie no se equivocaba. Me había quedado embobada. Nunca me había dado cuenta de que él se parecía tanto a Gabriel.

Los hermanos compartían los rasgos, pero no los tonos. Tenían los mismos ojos grandes y expresivos, bordeados por largas pestañas; pero mientras que en Gabriel eran de un verde impresionante, en Jared eran azules como el cielo. Gabriel era más moreno y tenía el cabello lacio y negro, pero Jared, generalmente estaba bronceado por pasar mucho tiempo al aire libre. Recuerdo que me obligué a volver a la realidad sacudiendo la cabeza bruscamente.

—¿Qué quieres, Jared? —le pregunté, intentando disimular cuánto me había afectado. Sin embargo, en ese extraño instante de mi vida, algo había sucedido en mi interior, aunque yo aún no lo pudiera explicar con total certeza.

—¡Uff! ¡Por fin me oyes! —refunfuñó—. ¡Vamos a nadar, Faith! —Al tiempo que decía esto, salió del agua y se acercó a mí.

—Ahora no, Jared —le dije, todavía no repuesta del todo.

—¡Vamos, Faith! Te juego una carrera hasta aquella orilla, ¿quieres? —señaló con la cabeza y al hacerlo, sus cabellos mojados me salpicaron.

El agua fresca sobre mi piel tibia por el sol me provocó un estremecimiento... Hoy me pregunto si tal vez el agua y el sol no tuvieron nada que ver con aquella reacción. Tampoco lo supe en ese momento.

Jared me tomó de la mano y tironeó de ella para levantarme.

—¡Vamos, Faith! —volvió a repetir mientras jalaba de mi mano.

—¡Jared, vas a arrancarme el brazo! —lo reprendí, fingiendo fastidio.

—¡Uy, que exagerada eres! —masculló y soltó mi mano. Se cruzó de brazos y me observó con la cabeza levemente ladeada hacia la derecha y una sonrisa pícaro dibujada en sus labios... ¡Dios! ¡Esa tarde descubrí cuánto me gustaba su sonrisa!—. ¡Venga, ánimo! —volvió a insistir.

—¿Tengo opción? —le pregunté, entornando los ojos.

—¡Claro que no tienes opción! —me dijo sonriente.

Bufé, antes de impulsarme con fuerza hacia arriba para levantarme del suelo, al mismo tiempo que él se inclinaba para ayudarme, y entonces nuestras cabezas chocaron.

—¡Ay! —exclamamos a la vez.

—Lo siento, Faith. —Su voz había sonado tan apenada que levanté los ojos hacia los suyos, y al ver su genuina preocupación, contuve el aliento—. Yo sólo quería ayudarte a ponerte de pie —se excusó.

—Lo sé, Jared, no te preocupes —lo tranquilicé—. Además no ha sido tu culpa.

—Déjame ver... ¿Te has lastimado? —me preguntó, mientras me acariciaba la frente en dónde me había golpeado segundos antes.

Al sentir su mano fresca sobre mi frente tibia, volví a sentir aquella sensación. En esa ocasión volví a atribuirlo al sol y al agua... Hoy tengo mis dudas.

—No es nada, y tú no estás mejor que yo. —Alargué la mano hacia su frente y noté cuando él contuvo el aire un instante. Sentí una corriente, un estremecimiento en mi interior al tocarlo. Recuerdo que supe, en ese instante, que eso sí había sido provocado por Jared.

Se oyeron unas risitas a nuestras espaldas, y como no podía ser de otra manera, eran las gemelas Albath que se burlaban de nosotros.

—¡Mira, Sophie! ¡Mira a este par! ¡Ahora hasta comparten chichones! —se burló Diana.

—¡Tienes razón Diana! ¡Estos dos son increíbles! —respondió Sophie y se alejaron riendo antes de que pudiéramos atraparlas.

—No les hagas caso, Faith —susurró Jared.

Lo miré a los ojos y le sonreí.

—¡Por supuesto que no voy a hacerles caso!

Jared sonrió y en su sonrisa pude percibir alivio. Ahora me pregunto si él, en ese momento, temió que yo me sintiera cohibida con las bromas y resolviera alejarme de él. Jamás hubiese decidido algo así. Jared era mi mejor amigo y nada conseguiría que yo me alejara de su lado.

Me quité la camiseta sin mangas de color blanco y el short de algodón haciendo juego y me quedé con un bikini azul con corazoncitos. Jared me miró fugazmente, me tomó de la mano y juntos corrimos hacia el lago. Una vez en la orilla, nos zambullimos dando volteretas desde el pequeño muelle de troncos y nos dedicamos a nadar.

Los dos éramos rápidos nadadores.

Cada semana abríamos una cuenta mental en la que registrábamos los triunfos de cada uno y al llegar al final de la semana, veíamos quién había sido el vencedor absoluto. A esa altura de la semana teníamos registradas tres victorias a favor de Jared y dos a favor mío.

En esa carrera, al llegar a la meta con sólo dos segundos de ventaja, pude anotarme un triunfo, ¡y ahora el marcador estaba en empate! El desafío mayor estaba instalado y al día siguiente veríamos quién sería el campeón semanal. Yo tenía pensado hacer mi mayor esfuerzo y hacerme con el triunfo y Jared no me dejaría ganar, así que la próxima carrera sería casi a muerte, sin contar que el premio mayor constaba en que el ganador tenía derecho a poner una prenda o pedir un deseo que el perdedor debía cumplir.

Permanecimos jugando en el agua hasta bastante tarde.

Cuando el aire había comenzado a sentirse fresco, nos secamos un poco y nos quedamos conversando junto a la orilla. Alex había llevado un termo con té caliente y ese instante era el ideal para disfrutarlo.

De todos modos, no nos quedamos mucho tiempo más junto al lago y cuando empezó a caer el sol, tiñéndolo todo con matices anaranjados, regresamos a la casa. Alex y Jeremy acompañaron a las gemelas, mientras que Jared y yo teníamos que cruzar el bosquecito en la dirección contraria a la de ellos.

—¿Viste, Faith, la cara de Sophie cuando Alex la empujó al lago? ¡Dios mío, parecía un pez, cómo boqueaba!

No podíamos dejar de reír mientras recordábamos los juegos de la tarde.

Íbamos uno junto al otro, sin tocarnos, aunque la distancia que nos separaba era tan escasa, que de tanto en tanto nos rozábamos al caminar y cada vez que esto ocurría, yo sentía un extraño cosquilleo en ese pedacito de piel que había estado en contacto con la de Jared.

Sin duda, ese día yo había empezado a sentir algo hacia él, aunque no me detuve a analizarlas; ni siquiera les dediqué un pensamiento porque no era capaz de comprenderlas.

—¡Ha sido increíble! —le respondí, desternillándome de la risa.

—¿Sabes? Creo que a Jeremy le gusta Diana —me dijo, y su tono sonaba algo serio ahora, mientras su vista parecía estar fija en algún punto entre el suelo y el horizonte.

—Sí, yo también lo creo... ¡Es más, estoy segura! —exclamé entusiasmada y con la risa un poco histérica—. ¡Tenemos que averiguar si a ella también le gusta

él! Aunque ahora que lo pienso, sospecho que sí. —Entonces le conté en secreto—: No digas que te he dicho esto, pero el viernes en clase, Diana no le quitaba los ojos de encima... ¡Sí, Jared, creo que a Diana le gusta Jeremy! —recalqué.

—¿Y a ti? —Se detuvo abruptamente y me miró con seriedad. Me pareció que sus ojos traslucían... ¿Esperanza? ¡No! ¡No podía ser!—. ¿Te gusta alguien, Faith? —preguntó al fin.

—Yo... yo... ¿Por qué quieres saberlo? —Indagué bruscamente y luego continué hablando intentando evadir su pregunta—: Yo nunca te he preguntado a ti si te gusta alguien.

—¿Quieres que te lo diga? Porque no me molestaría que lo supieras —indicó con la voz firme y se acercó a mí, más cerca aún de lo que estábamos. Habíamos quedado a solo dos pasos y su voz se había hecho más suave cuando añadió—: ¡A mí sí que me gusta alguien! ¡Me gusta muchísimo alguien!

Yo hice un cobarde paso hacia atrás, luego otro y le dije:

—Mee... —¡Santo Dios! ¡Recuerdo que parecía una oveja!—. Mejor guar... eh... ¡Guardamos el secreto! ¿Sí? Yo no te digo a ti y tú, tú... no me lo dices a mí. ¡Creo que es lo mejor!

Jared volvió a avanzar dos pasos para acercarse a mí. Yo sentía que mi cuerpo temblaba. ¿Pero por qué? ¿Tenía miedo? ¿Ansiedad? ¿Expectación? Creo que la definición apropiada sería “confusión”. Yo estaba demasiado confundida y eso me aterraba.

—¡Creo que voy a decírtelo! ¡Ahora! —sentenció Jared.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo porque en ese momento escuchamos un murmullo de voces al otro lado de los árboles y yo no desperdiicé la oportunidad de distracción. Claro, que no sabía que después me arrepentiría, porque nada me había preparado para lo que mis ojos tendrían que contemplar segundos después.

—¡Escucha! —susurré, me alejé un paso y señalé hacia la dirección de la que provenían las voces. Después, en voz casi inaudible, añadí—: Hay alguien detrás de los árboles. Veamos quiénes son.

—Estábamos hablando, Faith —protestó él también en un murmullo.

—Luego podemos seguir conversando, ahora vayamos a espiar quiénes están en el claro —modulé las palabras para no ser oída.

—Bueno, vamos... —Jared no sonaba muy entusiasmado con la idea—. ¿Acaso tengo otra opción? —preguntó, imitando el tono que yo había usado antes con él.

—¡Claro que no! —lo tomé de la mano y caminamos sigilosos hacia el lugar.

Aún había claridad y pudimos distinguir perfectamente a las dos personas. Una era Lenna Matt, una rubia muchachita curvilínea de unos dieciocho años, de carácter para nada agradable, pero preciosa. Ella estaba de pie, apoyada en el tronco de un gran roble y con sus brazos alrededor del cuello... ¡de Gabriel! Mientras él le rodeaba la cintura y la besaba en la boca.

¡Creí que moriría de rabia en ese preciso momento! ¡Y lo hubiese preferido, antes de sufrir la humillación que me esperaba a los pocos segundos!

Jared comenzó a reír ante la escena que tenía delante. Yo ahogué un grito desesperado y salí corriendo sin poder contener el llanto. Ante tal alboroto, Gabriel cortó el beso y levantó los ojos justo a tiempo para no perderse el momento en el que yo, con los ojos nublados y sin poder ver absolutamente nada, tropezaba con una raíz y quedaba despatarrada en el suelo.

En pocos instantes tenía un gran público a mi lado, compuesto por los dos hermanos que trataban de levantarme preocupados y la despreciable Lenna Matt, que me miraba indignada por haberle interrumpido su momento romántico.

“¡Bien!”, pensé. “¡Maldita bruja!”

Pero de nada me servía despotricar en contra de Lenna, porque la verdad era que yo no podía dejar de llorar. Tenía la cara llena de tierra y con las lágrimas, bueno... ¡No estaba para nada presentable! Quería morir, desaparecer, hacerme invisible, correr... ninguna opción era viable, así que me senté con las piernas cruzadas y lloré. No sé por qué lloraba más, si por el beso que vi, por mi aspecto o por la vergüenza que sentía.

—¡Ya, Faith! Deja de llorar, pequeña y dime, ¿dónde te duele? —me preguntó Gabriel, con la ternura que lo caracterizaba cada vez que se dirigía a mí.

Yo lloraba aún más.

El corazón, el alma, hubiese dicho, pero me callé.

—¡Vamos, Faith! ¿Te has hecho daño en el pie? ¿Te has golpeado la cara? —quiso saber, mientras me limpiaba el rostro con su pañuelo de algodón.

—¡No! Ya... ya se me pasará. Por favor, Gabriel, vete. Quiero estar sola —so-llocé avergonzada.

—De ninguna manera te dejaré sola —dijo él con firmeza y a su espalda se oyó un bufido acompañado de un tono irritado.

—¿Quién es esta mocosa? —indagó la rubia, con desprecio.

—¡Cuida tus palabras, Lenna! —espetó Gabriel en tono seco—. Ella es Faith. Es como si fuese mi hermanita pequeña y no soportaré que la insultes, ¿de acuerdo?

Ante esas palabras, yo volví a llorar.

—¡No soy tu hermanita, y no soy pequeña! —repliqué indignada.

—¡Sí que lo eres! —exclamó sonriente, mientras me removía los cabellos en un gesto cariñoso—. Y ahora déjame auxiliarte. Te ayudaré a levantarte y te llevaré a tu casa —dictaminó el Blake de los ojos verdes, quien me sostuvo por debajo de los brazos y me puso de pie.

—Ya me has levantado, ahora puedes irte, Gabriel.

—Shhh —me silenció. Después volvió el rostro y habló con su hermano—: Jared, por favor escolta a Lenna hasta la parada del autobús, que yo acompañaré a Faith hasta su casa.

—¡No hace falta! —indicó Jared, irguiéndose en toda su estatura—. Yo puedo llevar a Faith y tú puedes ir con tu novia o seguir con... ejem, bueno... lo que estabais haciendo.

—¡No es mi novia! —expuso Gabriel, y tres pares de ojos lo miramos asombrados. Y cabe agregar, que Lenna estaba bastante enojada también.

—¿Qué? ¿No soy tu novia? —gritó.

—¡Claro que no, solo somos amigos! Aunque ahora no lo vamos a discutir —descartó el asunto, luego dirigió su mirada a su hermano y prosiguió—: Yo llevaré a Faith. Si ella no puede caminar habrá que cargarla y tú, Jared, no podrías.

Era verdad. Jared aún conservaba el cuerpo delgado de un muchachito, mientras que el cuerpo de Gabriel era más amplio y más fuerte.

—¡Si fuera necesario cargarla, lo intentaría! —expuso Jared herido en su orgullo.

—Gracias, pero no hará falta, creo que podré caminar —dije, tratando de recuperar la compostura. Pero al intentar dar un paso sentí una fuerte punzada en el tobillo izquierdo y no pude reprimir el dolor al tiempo que mis piernas me fallaron.

Unos fuertes brazos me levantaron del suelo y sin decir palabra, Gabriel se encaminó hacia la casa. Pude oír unas maldiciones con voz femenina a lo lejos pero no me importó, pasé mis brazos alrededor de su cuello y apoyé la cabeza en su hombro. Si de mí hubiese dependido, ese instante no hubiese terminado.

Una voz me sacó de mis pensamientos.

—¡Estás muy delgada, no pesas más que una pluma!

—¿Qué? —chillé y levanté mi cabeza del cómodo refugio que había encontrado para mirarlo a los ojos.

—¡Nada! —En sus labios tenía una de sus sonrisas—. Sólo quería ver si te habías quedado dormida. Estabas muy quieta —explicó—. Aunque es verdad que estás muy delgada, Faith. ¡Creo que hasta Jared podría haberte cargado!

Me alcé de hombros restándole importancia al comentario, aunque me había dolido un poco. Era cierto que estaba muy flaca, pero yo siempre había sido así. Si tenían que describirme en ese momento, lo adecuado hubiese sido decir que era puro cabello y ojos. Largos, muy abundantes rizos castaños y ojos demasiado enormes para mi rostro. ¡Algo así como los ojos de los *animés*!

—Ella... ¿Es verdad que eh... no es tu novia?

—¡Mhmm! Lenna no es mi novia.

—¡Pero la estabas besando! —exclamé en tono de reproche.

Yo ya no apoyaba mi cabeza en su hombro y esa posición me dejaba con los labios de Gabriel casi a la altura de los míos. Me deleité mirando su boca y comprobé que sus labios gruesos se parecían demasiado a los de Jared... y sin aviso me vino a la mente una imagen de la sonrisa de Jared y de sus preciosos ojos azules.

¿Por qué había pensado en Jared justo en ese momento? ¿Justo cuando el chico que yo había querido desde que tenía uso de razón, me llevaba en sus brazos?

—Mira, pequeña...

—¡No me llames así! —reclamé enfurecida.

—De acuerdo. Pero siempre te he llamado “pequeña” y nunca te disgustó —se justificó, observándome de reojo.

—¡Ahora sí me molesta!

—¡Ok! ¡No te enfades, Faith!

—De acuerdo, no me enfadaré, pero quiero hacerte una pregunta, Gabriel.

—¿Qué quieres saber?

—Entonces, eh... —empecé a decir con bastante timidez—. ¿Puedes besar a alguien, así como tú la besabas a Lenna, y no ser novios?

—A veces, sí.

—¡Ah!... ¿Entonces no hay problema si algún muchacho me besa y no es mi novio? —averigüé con inocencia.

—¡Oh, sí, Faith! Ese muchacho estaría en un gran problema, porque yo lo molería a golpes —indicó con tono sobreprotector—. ¡Es distinto! Tú eres peq... es decir... ¡Diablos! ¡No deberías estar pensando en esas cosas!

—¿Pero si yo quisiera que me besaran? Por ejemplo... ¿Podrías besarme tú, ahora? Nunca me han besado, ningún chico, digo... me gustaría que me besaras tú, Gabriel, como la besabas a Lenna.

—¡No, Faith! Algún muchacho te besará cuando seas mayor, pero no seré yo —Gabriel me respondió sonriendo, sin ser consciente de lo importante que era esa respuesta para mí—. ¡Besarte sería como besar a mi hermanita pequeña! —agregó, casi horrorizado.

—Pero yo no soy tu hermanita, ni tampoco soy pequeña —refuté en un murmullo apenas audible, y no pude evitar que mi voz sonara triste.

—¡Para mí, es como si lo fueras! Y siempre sentiré eso por ti.

—¿Y cuando yo crezca, me besarás? ¿Cuando deje de ser una niña, vas a querer besarme? —le pregunté con inocencia.

—¡No, Faith! No importa cuántos años tengas, para mí siempre serás mi pequeña hermanita y nunca te besaré más que en la mejilla.

—¡Eso es injusto! —exclamé.

Gabriel sólo sonrió y me removió el cabello soplando sobre mi cabeza. Para él, aquello no era más que un capricho de niña... En ese momento me hubiese gustado decirle algo más, volver a insistir con el asunto del beso, pero ya habíamos llegado a casa y no pudimos seguir hablando.

Mamá nos había visto por la ventana y ya salía a nuestro encuentro. Ella se asustó un poco al verme llegar en esas condiciones.

Gabriel me dejó con mis padres y se retiró, no sin antes ofrecerse a acompañarnos; pero mi padre le indicó que no era necesario, entonces me saludó con un beso fraternal en la mejilla y cruzó la calle hacia su casa. Después me llevaron al hospital.

Aguanté estoicamente todo tipo de pruebas médicas, y por último, el doctor me vendó el tobillo en el que tenía un esguince, pero no había fractura.

En pocos días estaría totalmente recuperada, había dicho el traumatólogo...

Del tobillo seguramente sí, ¿pero la desilusión, tiene cura?, pensaba yo.

1 Es el término que identifica a los dibujos animados de procedencia japonesa. Una característica de su diseño, es que los ojos, comúnmente, son muy grandes.